

# LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS  
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.  
NÚMERO EXTRAORDINARIO.

NÚMERO 109

Madrid Junio de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.

El ESTIO.





¡digo que ampedar; mi Catalina de cada día más mal, sus medicinas ni valen, y los pequeños comiendo coquejas hervidas hacen dos semanas.

—Y os moriréis todos de hambre. La revolución social se impone! ¡Hay que liquidar lo existente; sin sangre no se hacen morcillas!

—Mira, Jaime, yo soy castellano viejo y no me gustan farandulas, y te digo que por ese camino no se va a ninguna parte; con tener jornal seguro me contentaría.

—Es que ni lo tienes ni lo tendrás. Ya el frío va apretando y así que voy gan las nievas y los hielos de este malito Madrid, aun habra menos trabajo, y tú no sé qué vas a hacer.

—Es verdad, es verdad. ¡Y lo peor es que el administrador de la casa ya me ha cobrado la escandalosa y no se adonde irme con aquella, tan mala como está! ¡Dios mío, Dios mío!

—Si, si, llama a Dios, que ya estás agotado. Hay que dejarse de monerías. ¡No tienes buenos puñales! Pues lo que te falta lo tomas... —Eso y luego al Abanico.

—¡Qué Abanico ni qué castañal! Eso es haciendo las cosas mal; pero con inteligencia... Yo no te digo que vayas a cogerlo a un burgo el gabán de pieles, que el te lo ha robado antes, y ponértelo tú; pero... unídate con otros compañeros bien dirigidos, se puede hacer mucho. Si tú no fueras tan tonto, yo te enviaría a un sitio donde tal vez te remediaras.

—No, no quiero boleros; bastantes tengo ya.

—La verdad es que soy yo un imbécil de meterme a recontar de quien no lo sabe apreciar. Estos obreros de Madrid no valen un pimiento. En Barcelona ya es otra cosa.

—¡Pues por qué te has venido aquí?

—Eso no viene a cuento. ¡Qué, vamos a tomar una copita? Te convidó.

—Gracias, Jaime; la catalina está sola desde ayer y yo quiero entretenerme.

—Bueno, Francisco, pues yo si me quedo en esta taberna. Ya sabes, si te vas muy apartado, yo siempre tengo una salida para el hombre que se hombre de veras.

Y dicho esto, el catalán se dirigió hacia el tabernáculo indicado, mientras su compañero, embobado en su agudizada mente, se encamionó apresuradamente por un sendero inmediato.

con su espada y separarse de aquel lecho. La idea había cruzado por su imaginación, y cuando una voz íntima, levantándose de su propia conciencia, le había gritado, «cumplirás tu deber...» sintió brusca sorpresa, asombro de un instante, un conato de rebelión, pronto vencido sin que le costara un sonrojo, porque el sufrimiento es tan humano que no avergüenza.

Pasaron las primeras horas de la noche, tristes, con lentitud cruel. Llegó un instante en que separaron del lecho, casi a la fuerza, a aquel soldado pandonoroso a quien la patria había dado tres galones y Dios una hija que ya no existía. Antes de salir de la habita-

ción besó el lívido rostro de la muerta; miró con extraviada sijeza a la madre y salió tambaleándose como un borracho. Una hora más tarde cruzaba la ciudad al frente de su regimiento. Las calles estaban llenas de gente: los balcones lucían colgaduras amarillas y encarnadas como la bandera de la patria; el pueblo entero brindaba a aquellos soldados que marchaban al campo de batalla la ofrenda de su entusiasmo y de su amor; vibraba en el aire el clamoreo general, y el eco de las campanas recordaba a aquel puñado de valientes que Dios iba con ellos a santificar sus victorias.

De pronto el coronel Moncada alzó la cabeza, que llevaba inclinada sobre el pecho. Advirtió que pasaba bajo los balcones de aquel hogar que dejaba abandonado. Miró hacia uno de ellos, y a través de las vidrieras que estaban entreabiertas, como si hubieran dado jaso a un alma, vió un resplandor tenue y amarillento, mezclado a la indecisa luz de la mañana. El caballo adelantó unos pasos, y el coronel alcanzó a ver entonces el extremo de unos cirios. No se dio cuenta de que el clamoreo había cesado en torno suyo, de que todos le miraban con profunda amargura.

Fijó los ojos en el balcón, y levantando de pronto el sable, se despidió con un saludo de honor de su hija muerta, que allí arriba quedaba inmóvil, rígida, esperando que un puñado de tierra cristiana la cubriera.

... Y en aquel momento, después de un toque agudo de corneta, la banda rompió con los acordes patrióticos de la marcha de Cádiz y resonó, inmenso, atronador y formidable, un ¡Viva España!

¡digo que ampedar; mi Catalina de cada día más mal, sus medicinas ni valen, y los pequeños comiendo coquejas hervidas hacen dos semanas.

—Y os moriréis todos de hambre. La revolución social se impone! ¡Hay que liquidar lo existente; sin sangre no se hacen morcillas!

—Mira, Jaime, yo soy castellano viejo y no me gustan farandulas, y te digo que por ese camino no se va a ninguna parte; con tener jornal seguro me contentaría.

—Es que ni lo tienes ni lo tendrás. Ya el frío va apretando y así que voy gan las nievas y los hielos de este malito Madrid, aun habra menos trabajo, y tú no sé qué vas a hacer.

—Es verdad, es verdad. ¡Y lo peor es que el administrador de la casa ya me ha cobrado la escandalosa y no se adonde irme con aquella, tan mala como está! ¡Dios mío, Dios mío!

—Si, si, llama a Dios, que ya estás agotado. Hay que dejarse de monerías. ¡No tienes buenos puñales! Pues lo que te falta lo tomas... —Eso y luego al Abanico.

—¡Qué Abanico ni qué castañal! Eso es haciendo las cosas mal; pero con inteligencia... Yo no te digo que vayas a cogerlo a un burgo el gabán de pieles, que el te lo ha robado antes, y ponértelo tú; pero... unídate con otros compañeros bien dirigidos, se puede hacer mucho. Si tú no fueras tan tonto, yo te enviaría a un sitio donde tal vez te remediaras.

—No, no quiero boleros; bastantes tengo ya.

—La verdad es que soy yo un imbécil de meterme a recontar de quien no lo sabe apreciar. Estos obreros de Madrid no valen un pimiento. En Barcelona ya es otra cosa.

—¡Pues por qué te has venido aquí?

—Eso no viene a cuento. ¡Qué, vamos a tomar una copita? Te convidó.

—Gracias, Jaime; la catalina está sola desde ayer y yo quiero entretenerme.

—Bueno, Francisco, pues yo si me quedo en esta taberna. Ya sabes, si te vas muy apartado, yo siempre tengo una salida para el hombre que se hombre de veras.

Y dicho esto, el catalán se dirigió hacia el tabernáculo indicado, mientras su compañero, embobado en su agudizada mente, se encamionó apresuradamente por un sendero inmediato.

PRO PATRIA

Vereis cómo pasó: La enfermita se moría, y como si se hubiera establecido un paralelismo extraño ó una complicada trágica, la noche y la muerte se acercaban juntas, y mientras la habitación se llenaba de sombras y a través de los cristales se veía correr el crepúsculo, de candian tambien sombras de muerte sobre la pálida cabeza de la enferma: cabeza de escultura hundida a plomo en la almohada, sobre la cual se extendía revuelta una madeja de cabellos rubios. La expresión del rostro desaparecía, se diseminaba lentamente: los ojos miraban ya sin ver, y por la entreabierta boca se le escapaba la vida en un aliento tenue y fatigoso.

Los remedios humanos estaban agotados; los divinos, ni siquiera hacían falta, porque aquella pobre criatura que se moría no necesitaba Jordán donde lavar sus culpas: lo bastaba para el tránsito supremo la immaculada inocencia de sus diez años mal cumplidos.

Estaba la madre junto al lecho y cerca de ella, un médico que vestía el uniforme militar, y un hombre ya entrado en años, de cabello gris y curtido el rostro en aquel instante desecado por la pena. Con nadie hablaba, el silencio era angustioso y solo turbado por la respiración, cada vez más débil, de la niña. De pronto se oyeron pasos en el corredor, y entró poco después, en la habitación un oficial de infantería, que se quedó inmóvil junto a la puerta sin atreverse a hablar. El padre de la enfermita volvió la cabeza, y con voz opaca y temblorosa, preguntó:

—Se ha recibido la orden, ¿verdad?

—Sí, mi coronel, acaba de recibirse.

—... Mañana?

—Mañana de madrugada. A las cinco debe estar el regimiento embarcado en el tren.

El coronel añadió concisamente: Está bien: a las tres, diana; a las cuatro formaremos. Dé usted la orden para que todo está preparado...

El oficial vaciló un momento, y al fin preguntó en voz baja:

—¿Hay esperanza?

—Ninguna, capitán; la pobre se me muere.

Ahogó un sollozo, inclinó la cabeza y no dijo más. Si allí en el fondo de su espíritu, donde bate en silencio el oleaje de las pasiones, hubo protesta, de la oculta tempestad solo salió a la superficie como espumilla leve y amarga, una lágrima muy gruesa que le empapó los ojos.

El ejército español se batía en extranjero suelo defendiendo el decoro de su bandera, y el coronel Moncada esperaba de un momento a otro la orden de marchar. Su regimiento estaba preparado desde muchos días antes. En uno de ellos su hija había caído enferma. Desde entonces, a las angustias del peligro cercano, se habían unido para el misero padre las angustias cruelísimas de tener que acudir al puesto de honor

RAMÓN DE CAMPOAMOR

Acuel César andar, tan orgulloso, que el orbe entero avasallar quería, como romano, al fin, superestioso, del buho en la presidencia encuentra un guía.

—Si va hacia Roma, dice, paso el río— y añade, al asonandose al asno.

—El rumbo de su vuelo será el mío. Si pasa, paso; y si no pasa, ¡pasó!

Se acerca al árbol silencioso y grave; tanto, una piedra de entre el césped toma, se alza, la tira, y espantada el ave, pensando el rubicon, volo hacia Roma.

Signó César detrás, y luego a dno, a la primera luz de la alborada, en tanto que pasaba caula el buho, —Ya está, César gritó, la suerte echada!

Del Rubicón sobre la opuesta loma César gritando:—¡A Roma!—el mundo espanta; y contestando la legión.—¡A Roma!—Con monótono son el buho canta.

—Y nos mintió después que oyó trompetas— murmurara Honorio, —y cantos de victoria, y músicas, y visiones, y corceles, la necia intemperancia de la historia.

—Yes que al teatro, cual señor, más tarde, servil al pío, se avergonzó la tierra de que a un pájaro le diese coarado este genio del vicio y de la guerra.

—Suerte fatal que con augurios ande la vida de los Césares mortificad. Cuando un buho es un buho, es César grande; cuando un buho es su Dios, César no es nada.

Honorio, después de esto, el tiempo andando, a César contempló del mundo dancos, y el Rubicón el buho recordando, —Nada hay grande, exclama, nada hay pequeño!

LÓPEZ-BALLESTEROS



EL BUHO DE CÉSAR

Junto a un río, una noche, piensa un hombre delgado, calvo, pálido y pequeño, que es cosa vil para su linaje no ser siempre vencedor y nunca dueño.

Vacilante en la sombra, al fin se inflama, ya del alba a los pálidos destellos, —El mundo y Roma, a yo!— resuelto exclama: —Si no paso, ay de mí; si paso, ay de él!

Y el tarde vuelo a consultar se hémilla, como augurio feliz de cosa santa, de un buho que en un árbol de la orilla con monótono son pasaba canta.

UN ANARQUISTA

Habia terminado el reparto de papeletas a los obreros sin trabajo, y por los lúgubres alrededores de Vallehermoso se esparían los jornaleros en busca de sus viviendas, alegres los que habían logrado el ansiado papeleta, tristes y sombríos los que no conseguían aquel talismán, que les aseguraba el jornal para una semana.

A esta última clase debían pertenecer dos individuos que algo separados de los demás, bordeaban el antiguo cementerio de San Martín.

—Ya lo ves—decía uno de ellos, alto, robusto y de patibulario rostro, con marcado acento catalán,—esta es la ciudad de los burgueses. Se renuncian seis mil hombres pidiendo trabajo, y vienen en sus coches unos señores y reparten ochocientas papeletas! Pero de esto tienen la culpa los obreros... Si hicieran caso de las personas que les aconsejan por su bien, otro gallo les cantaría.

—Si—replicó su acompañante, cuya ruda fisonomía demostraba profundo desaliento y amarga resignación,—mal invierno estamos pasando. Yo estoy desesperado. El sábado último tampoco cogí papeleta, y va ya dos meses, desde que nos despidieron de la fabrica, que no he ganado un rial. Ya no tengo ni un

UN ANARQUISTA

árida, con más aspecto de verdadero que de otra cosa, y al abrigo de unos paradosos ruidosos, restos de un edificio incendiado, veíase el último refugio de Francisco y su infelicitad familia, expulsados por fin de la casa de vecindad que habitaban en los Cuatro Caminos. Aprovechando un ángulo de la construcción, el desventurado obrero había apilado algunos escombros y con varios paltroques, tablas medio pedridas y unos trozos de esteras, construyó uno de esos miserables tugurios denominados cufones, que para mengua de nuestra decadente civilización se encuentran en las afueras extraviadas de la capital de España.

En el interior de aquella covacha, más propia para madriguera de animales que para vivienda de personas, Catalina yacía sobre un montón de trapos y paja, cubriéndose con la destrozada manta de Francisco un cuerpo, descarnado por el hambre y la delencia, y los de sus dos hijos, cuyas cabecitas aparecían reunidas, buscando el abrigo del ropazo materno.

Había llorado durante la noche con esa inexistente pasadé que caracteriza al invierno madrileño, y el agua, filtrándose por la estera que cubría el techo, caía por entre las tablas, formando charquitos, sobre los que se estrellaban las gotas, salpicando a Francisco, que acurrucado en un rincón miraba alternativamente, con torba expresión, ora a su mujer, ora por el agujero que pretendía ser puerta, a la primera luz del alba que apo

UN APUNTE.—POR SALCES.

Al atardecer de aquel día, Francisco no habia regresado aún a su albergue. Catalina, rendida por la fiebre y la necesidad, y sin poder abandonar el montón de harapos, con los ojos fijos en una diminuta estampa del Corazón de Jesús, sujeta por un alfiler a un cascote de la pared, balbuceaba algunas palabras piadosas.

Dolorosas se había escapado a meditar por los alrededores; y el aldo, abandonado a sí propio, gataba por entre los cacharros, buscando algo con que acallar el hambre.

De pronto, oyese ruido de pisadas, y guiado por Dolores apareció en la entrada un apuesto joven de rizada barba, y a cuya morena fisonomía prestaba cierto aire romántico el capuchón de amplio impermeable.

—Catalina, catalina!—dijo penetrando resueltamente en el caseruco. ¡Qué es eso!

—Señorito Julio—contestó la pobre mujer.

—¡Pero dónde diablos se han metido ustedes! Antoxyer les estuvo buscando Pileón, sin poder descubrir su paradero; ayer mandamos al cochero, y tampoco; hasta que hoy le he dicho a la señorita Amparo: «Voy a ver si yo tengo más suerte; y gracias a que me he encontrado a la chiquilla, que me ha conocido, que si no...»

—¡Ay, señorito Julio! Dios le ha traído, porque si no... Y ve usted que estamos a lo último.

—Y Francisco!

—El pobre, desesperado, anda por ahí buscando para poder dar a estas criaturas siquiera un pedazo de pan. ¡Hace dos días que no sé cómo viven!

—Hay que animarse, Catalina. La señorita quería venir, pero como está delicadilla y el tiempo es tan malo... Vamos a ver—añadió el joven echando mano al bolsillo y dirigiéndose a Dolores.—Vas en seguida a traer algo que comer. Toma dos pesetas, anda, corre, y trae pan y cualquier cosa; por aquí habrá alguna taberna.

—En casa del Chamorro hay de too—dijo la niña con la ansiedad y la alegría pintadas en su fámelico semblante.

—Pues anda y vuelve en seguida.

—Señorito Julio—exclamó Catalina,—el Sagrado Corazón de Jesús se lo pagará. Hago usted una gran caridad.

Al decir estas palabras, el recuerdo de la última escena habida con su marido cruzó por su mente, y angustiada añadió:

—Pero está Paco que no vuelve...

—Ya vendrá, y entonces le dice usted que no se apure y que mañana, a las diez, venga a vernos al hotel. Pileón se casa y se marcha a Galicia, y la porteria será para ustedes, si les conviene.

La enferma prorrumpió en llanto, entrecortado por frases de agradecimiento, y quiso levantarse; pero Julio, conmovido también y deseando evitar aquella escena, se acercó a Catalina, y depositando un duro en sus descarnadas manos, dijo:

—Bueno, bueno; ya habiáremos. Por el pronto ahí va eso, y hasta mañana a las diez, ¡oh! Que no falte Francisco. Adios, adios.

Y sin detenerse salió de la casuca, siguien-

UN ANARQUISTA

Al atardecer de aquel día, Francisco no habia regresado aún a su albergue. Catalina, rendida por la fiebre y la necesidad, y sin poder abandonar el montón de harapos, con los ojos fijos en una diminuta estampa del Corazón de Jesús, sujeta por un alfiler a un cascote de la pared, balbuceaba algunas palabras piadosas.

Dolorosas se había escapado a meditar por los alrededores; y el aldo, abandonado a sí propio, gataba por entre los cacharros, buscando algo con que acallar el hambre.

De pronto, oyese ruido de pisadas, y guiado por Dolores apareció en la entrada un apuesto joven de rizada barba, y a cuya morena fisonomía prestaba cierto aire romántico el capuchón de amplio impermeable.

—Catalina, catalina!—dijo penetrando resueltamente en el caseruco. ¡Qué es eso!

—Señorito Julio—contestó la pobre mujer.

—¡Pero dónde diablos se han metido ustedes! Antoxyer les estuvo buscando Pileón, sin poder descubrir su paradero; ayer mandamos al cochero, y tampoco; hasta que hoy le he dicho a la señorita Amparo: «Voy a ver si yo tengo más suerte; y gracias a que me he encontrado a la chiquilla, que me ha conocido, que si no...»

—¡Ay, señorito Julio! Dios le ha traído, porque si no... Y ve usted que estamos a lo último.

—Y Francisco!

—El pobre, desesperado, anda por ahí buscando para poder dar a estas criaturas siquiera un pedazo de pan. ¡Hace dos días que no sé cómo viven!

—Hay que animarse, Catalina. La señorita quería venir, pero como está delicadilla y el tiempo es tan malo... Vamos a ver—añadió el joven echando mano al bolsillo y dirigiéndose a Dolores.—Vas en seguida a traer algo que comer. Toma dos pesetas, anda, corre, y trae pan y cualquier cosa; por aquí habrá alguna taberna.

—En casa del Chamorro hay de too—dijo la niña con la ansiedad y la alegría pintadas en su fámelico semblante.

—Pues anda y vuelve en seguida.

—Señorito Julio—exclamó Catalina,—el Sagrado Corazón de Jesús se lo pagará. Hago usted una gran caridad.

Al decir estas palabras, el recuerdo de la última escena habida con su marido cruzó por su mente, y angustiada añadió:

—Pero está Paco que no vuelve...

—Ya vendrá, y entonces le dice usted que no se apure y que mañana, a las diez, venga a vernos al hotel. Pileón se casa y se marcha a Galicia, y la porteria será para ustedes, si les conviene.

La enferma prorrumpió en llanto, entrecortado por frases de agradecimiento, y quiso levantarse; pero Julio, conmovido también y deseando evitar aquella escena, se acercó a Catalina, y depositando un duro en sus descarnadas manos, dijo:

—Bueno, bueno; ya habiáremos. Por el pronto ahí va eso, y hasta mañana a las diez, ¡oh! Que no falte Francisco. Adios, adios.

Y sin detenerse salió de la casuca, siguien-

de las huellas de Doloresita, que, sin temor a la lluvia, corría veloz hacia un ventorrillo inmediato.

IV

Ya entrada la noche, regresó Francisco al cajón, llevando debajo de la blusa una hogaza y una botella de vino. Profunda oscuridad ceñaba las miserias del interior. El obrero encendió un fósforo y con él una vela que sacó del bolsillo del pantalón, al mismo tiempo que la voz de Catalina llegaba a sus oídos.

—¡Pase, nos hemos salvado! El señorito Julio ha estado aquí, los chicos han comido y duermen como dos cochinos. ¡Mira, no darte! —¿Cómo? ¿Qué dices?— replicó Francisco, cuyo rostro, pálido y descompuesto, expresaba profunda agitación.

—¡Estás colocado de portero en el hotel! ¿Ya no nos faltará pan!

El obrero se estremeció. La hogaza y la botella se desprendieron de sus manos, rodando por el suelo.

—¡Pero es cierto! ¿No estás loco! —¡Mira, mira!

Y la infeliz mostraba el duro a su marido. Una escena inexplicable siguió a estas palabras. Francisco arrojó la luz con furia contra la pared, y dejándose caer al suelo, prorumpió en amargos sollozos.

—¡Pero, Paco! ¿Qué te pasa!— exclamó Catalina, arrastrándose en la oscuridad hacia su marido.

—¡Déjame!— gritó éste al sentir en su frente el contacto de la mano ardorosa de Catalina.—¡Déjame! ¡Soy un canalla, un asesino!

—¡Por Dios, qué dices! ¿Qué desgracia ocurre!

—¡Merezco ir al palo, o iré, pero conmigo vendrá ese infame bandolero.

Y desprendiéndose con violencia de los brazos de su mujer, se levantó y trató de salir de la infecta madriguera.

—No, no te dejes ir,— gemía la desgraciada cogiéndose a su marido.—¿Qué has hecho!

—Una infamia muy grande. Esta noche algunos infelices... ahora tal vez... ¡Déjame, quiero ir... quiero ver! Déjame, te digo.

—No te irás sin... No pudo concluir, un fuerte empujón de Francisco derribó sobre el húmedo suelo a la atribulada Catalina, que cayó lanzando un agudo grito mientras el obrero se perdía en las profundas tinieblas de la noche, lánguido y tormentoso.

V

Semejante a un loco furioso, Francisco se dirigía hacia las afueras del barrio de Pozas, saltando zanjas, precipitándose por los arroyos, hundiéndose en los charcos formados por el tan-por-ahí, y sin detenerse por las resbalones y las caídas. Unas veces groseros juramentos se escapaban de sus labios, otras oraciones incoherentes y las más frases desprovistas de sentido. A pesar de la oscuridad y de los obstáculos de tan desastrosa carrera a campo través, el desventurado, lleno de lodo, sin comida, desgratado y anhelante, pudo llegar por un milagro de la Providencia, hasta el momento en que horas antes habían escondido Jaime y el dos bombas de dinamita.

Al cabo de un rato de infructuosas tentativas, Francisco acertó a introducir el brazo por la grieta que un humedimiento había dejado entre dos capas de terreno y en cuya concavidad se ocultaban las infernales máquinas. Un grito de alegría se escapó del pecho del obrero al cerciorarse por el frío contacto del metal, de que aun permanecían en el sitio en que los ocultaron, aquellos poderosos medios de destrucción.

Sin vacilación cogió una de las bombas y la dejó cuidadosamente en el suelo, e iba a hacer lo propio con la segunda, cuando levantó el ruido hizo volver la cabeza y a pocos pasos vio a un hombre envuelto en una manta y llevado en la mano una linterna sorda.

—¿Quién está ahí!— dijo el nocturno pasante al esforzarse con su linterna a Francisco.

—Jaime, soy yo; no esperabas verme por aquí, ¿verdad?

—No, puesto que quedamos en que con los datos que me diste, podía hacer la cosa yo solo.

—Pues lo que es tú no lo harás ya,—replicó el obrero con resolución.

—¡Pasa ya a Dios! ¿Qué dices! ¿Estás loco ó tienes miedo!

—¡Miedo!... Ninguno; pero Dios me ha hecho ver que íbamos a hacer un crimen volando la fábrica, y... ná, hombre, que me vuelvo atrás.

—Eso es muy bonito, después de recibir los cuartos.

—Con óvalvortelos, en paz.

—¡Ah! Es que si tú no quieres vengarte de los que te tiraron a la calle quitándote el pas, yo no soy de ese parecer y quiero hacer un escarmiento y... ¡vaya si lo haré!

—Prueba a ver.

Reinó un silencio de algunos instantes, interrumpido sólo por los silbidos del viento y el ruido de la lluvia. Jaime dejó en el suelo la linterna, y bajo de la manta se percibió el ruido seco de amartillar un arma de fuego.

—¡Vamos!... ¡Largo!— dijo el catalán con acento amenazador.— ¡Ya te estás marchando, ¡pero a escapoi!... Ya arreglaremos cuentas. Ahora... si no te vas te dejo seco de un tiro.

—¡Tú a mí!— contestó Francisco.

Y, rápido como el pensamiento, cogió la bomba que tenía a sus pies.

Jaime comprendió todo el peligro de la situación. Horrible bafomeia salió de sus labios e hizo fuego sobre la silueta del obrero, que apenas se distinguió a la mortecina luz de la linterna, cuyos vacilantes destellos daban un aspecto infernal a aquellos hombres.

Al propio tiempo, la bomba lanzada con fuerza a los pies del catalán, estalló con espantosa detonación. Una columna de fuego, tierra y piedras, en torbellino confuso con destrozados restos humanos, se elevó en el espacio, haciendo tropicar los desmontes inmediatos, iluminados por una luz roja y siniestra que duró por un momento las densas tinieblas de la noche.

VI

—Pero mujer— decía algunos meses después de estos sucesos la elegante baronesa de la Moncloa, a su amiga Amparo, al apearse de su clareón a la puerta del hotel, cuya verja le había franqueado un doméstico de holgada librea, que a pesar de su amplitud apenas encubría la falta de un brazo y una pierna.

—¿qué cosas tenéis Julio y tal... ¿De dónde habéis sacado ese trozo de portero!... porque eso... no es más que medio hombre... —¡Ah... sí!— contestó Amparo satisfecha.— Es un anarquista, convencido por la explosión de una bomba en la utilidad de la dinamita para resolver la cuestión social.

A. DANVILA JALDERO.

CUENTOS VULGARES

LA CORINA

Acaba de fallecer en Madrid una lavandera gallega, conocida por la Corina, de voz dulce y melodiosa, fisonomía simpática, facciones agraciadas, figura arrogante, formas redondeadas, cabellos blancos, piel curtiada y madre de numerosa prole.

Esa mujer, incomparable por su laboriosidad, por su constancia, por sus sufrimientos y por sus virtudes, quedó viuda hace veinte años, y con la viudez en el mayor desamparo y en la más triste de las indigencias. Y para que fuese más vivo el isfortunio y más grande la aflicción, a poco de enviudar ocurrió la muerte de su matrimonio que habitaba en un compañía para ayudar al pago del alquiler de la guardilla, que a todos servía de modesto alojamiento.

Y aquel matrimonio, oriundo de Galicia, dejó también en el mayor desamparo dos pequeños como dos soles.

La alegre vivienda, limpia como los ebrosos del oro, aireada por todos los vientos, soleada por la mañana y establecida en un

quinto piso, a ciento cinco escalones de la calle, constituía el albergue de dos familias trabajadoras, frugales y honradas.

La muerte arrebató, por exceso de trabajo, al marido de la lavandera, y una aficción pulmonar acabó con la viuda del otro matrimonio, con intervalo de unos días.

Quedó, pues, en el mundo para llorar y para sufrir la pobre Corina, sin recursos y con una serie de hijos, dignos de la protección del cielo.

Aquella santa mujer, enferma, mal alimentada, entristecida, adquirió fuerzas y pudo ir al río para ganar el propio sustento y el de sus hijos. ¡Pero que hacer con los pobres huérfanos del otro matrimonio!

Había dos soluciones, o que quedasen con la lavandera, acomodando su prole ó que ingresaran en el Hospicio. La Corina escuchaba atentamente las dos soluciones, oía el pro y el contra; pero se inclinaba, por impulsos irresistibles del corazón, a conservarlas en su compañía.

Y en efecto, los alimentos, los vestidos y los útiles adecuados, y hay son modo de trabajadores. ¡Y cómo los crió durante tantos años! Nuestros lectores lo supondrán: con toda clase de fatigas y de privaciones, convirtiéndose en madre esa mujer, por muchos llorada y bendecida.

La buena lavandera bajaba al Manzanares antes del alba y se recogía después de las oraciones. Durante su forzada ausencia, una vecina, tan buena como ella, cuidaba los chiquitines, sin desatender la fauna de la casa, y cuando los pequeños salieron de la infancia para entrar en la adolescencia, las escuelas municipales, la de Instituciones y la de Artes y Oficios se encargaron de su enseñanza y de su educación.

Y comiendo poco, vistiendo mal y traba-

jado mucho, esos niños son hoy obreros inteligentes que viven con desahogo y recuerdan a la buena mujer a quien tanto deben.

¡Qué tesoros de ternura habrá consumido en su crianza! ¡Qué socio de abnegaciones no habrá empleado para sacarlos adelante! ¡Qué sacrificios no habrá hecho en su obsequio y por su bien!

La caritativa lavandera consagraba al río los lunes, martes y miércoles; a la entrega de la ropa los jueves y viernes, y al desahogo ó al repase los sábados y domingos.

Lloviendo, venteando ó nevando: ya se congelase el agua por el frío, ya se abrasasen los pájaros con los ardorosos rayos del sol, ya estuviese el piso intransitable por los barro, ya el Manzanares se saliese de madre, y sólo hicierse en las grandes avenidas, la lavandera ocupaba su banca al amanecer, consagrándose a lavar la ropa de los parroquianos ó a tenderla para secarla en las cuerdas de las barracas.

Afanosa, impaciente, activísima, trabajaba sin limitación de tiempo durante el día, y al anochecer regresaba a su domicilio sin utilizar el tranvía para aborrarse diez céntimos. En el invierno quebrantaba con la pala el agua congelada, y en el verano colocaba sobre su cabeza al todo resguardador del sol.

Aquella santa mujer no pensaba más que en trabajar y en ganar, no para ella, sino para los hijos propios y ajenos.

Tanta labor acumulada, tanta fatiga corporal y tantas aflicciones, fueron minando la existencia de la lavandera, hasta el momento en que entregó su alma a Dios con la tranquilidad del justo.

¡Cómo murió y dónde murió nuestra lavandera!

A las ocho de la mañana del penúltimo do-

mingo fui avisado, como paisano, para acompañar el Santo Viático, por hallarse en trance de muerte. Acudí presuroso a la parroquia de San Marcos, y desde allí se encaminó la comitiva al domicilio de la enferma.

El sacerdote entró en el carruaje ofrecido por un título de Castilla; y siguiendo por la calle de San Bernardino nos acercamos a la vivienda de la moribunda, quien recibió al Señor con verdadero regocijo.

No recuerdo espectáculo más conmovedor que el presenciado en aquellos solemnes momentos. La enferma conservaba todas sus facultades mentales; se expresaba con un acento de ternura y daba a sus palabras una entonación melancólica que embargaba el ánimo, y todos oíamos con religioso silencio las últimas palabras de un moribundo.

—¡Pido a ustedes— me decía fervorosamente—, si van a Celanova alguna vez, se acuerden de rezar una misa a mi memoria en la ermita de la Virgen del Cristal... —

Y al pronunciar el nombre de la santa imagen que se venera en Villanueva de los Infantes, se valaron los ojos de la Corina para siempre.

Murió una mujer de bien; pero nos deja el recuerdo de sus virtudes.

¡Qué afición tenía a los cantares gallegos! ¡Con qué maestría y con qué acento galaico entonaba los aires de la *terceira*! ¡Qué melancólico sea imprimía a las *alboradas*, a las *ola-las* y a las *cantigas do país*!

Recuerdo, como si fuera ayer, la impresión profunda y el sentimiento hondo que me produjo al oír de sus labios aquella canción de Curros Enríquez, por nadie cantada como ella, que empieza, ¡si la memoria no me es infiel:

N'o xarifa unha noite penada  
o refraxo d'o besaco luar,  
unha nena choraba sin trégoas  
os dedos d'un ingrato galés.  
Y-a coitada entre queiras doía:  
«Xa n'o mundo non teño ninguém,  
voo morrer é non ven os meus ollos  
os olillos d'o meu doce ben.»  
Os seus ecos de malencónica  
santaban n'as alas d'o vento  
y-o lamento  
repétia:  
«¡Von morrer é non ven o meu boal»

Los que hemos conocido a Corina, llamada así por su vocación al canto; los que la hemos tratado; los que hemos oído aquella palabra dulce, sonora, ingenua, candorosa, vulgar, si se quiere, rebelde a toda lisonja; opuesta a todo amancebamiento; alejada de la chismografía mujeril, e inspirada en los severos principios del honor y del deber; aquella palabra tierna, apacible, cariñosa, modelo de prudencia y de respeto, no la olvidaremos jamás.

Su marido, obrero incansable y esparta-rieta tenaz, era un hombre honrado y un liberal consecuente; de esa honradez y de ese liberalismo sometidos a toda clase de pruebas y de sacrificios.

La esposa, Angel tutelar de dos familias, era una mujer verdaderamente santa. Ambos conyuges, que duermen el sueño eterno, eran la bondad personificada.

¡Descansen en paz!

La prensa consagra columnas enteras a ensalzar y recordar y biografiar a los poderosos.

¡Por qué no hemos de biografiar, recordar y ensalzar a los humildes!

De los humildes es el reino de los cielos.

FERNÁN GONZALEZ.



MI VERBENA

Resena el tamboril, toca el gal'ero, repican las campanas de la aldea, y suando el espacio castellano caído cobeta que ascendió ligero.

La brisa se entera en el otero de esencias de tomillo y de ajedros, y en redor de la ermita que blanquea, se congrega a bailar el pueblo entero.

El sonoro rumor de los cantares repite el eco de la selva umbría y brillan las estrellas a millares!

noche llena de encantos y placeres, yo te voy llegar con alegría; verbena de San Juan ¡qué hermosos eres!

SANTIAGO IGLESIAS

NOTA AL PÚBLICO

El presente número, como todos los demás que publicamos cada quince días, con páginas en cromotipia, tendrá por precio para el público

15 CÉNTIMOS

Los señores suscritores de Madrid a LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA podrán adquirirlo al precio de

10 CÉNTIMOS

bien por medio del repartidor ó en esta Administración.

LA FERIA DE FRAJANA

TEXTO DE TOMÁS LUCEÑO.-DIBUJOS DE P. ROVIRA.

En la calle de Alesá, conforme al Prado se baja, y en la acera de la izquierda, donde están las Calatravas, esa Madrid venturoso que como y que no trabaja, ha establecido el paseo de moda, y según es fama, le designa con el nombre de la feria de Frajana; y por cierto que el tal mote no está ocioso de gracia, ni de justicia tampoco, porque si bien se repara, más que paseo parece el Raastro por la mañana. ¡Qué diversidad de trajes! ¡qué variedad en las caras! unas respiran salud, gorditas y coloradas, otras van diciendo a gritos que sufren penas amargas, que su existencia es un valle de suspiros y de lágrimas, y que gimen bajo el peso de una pasión contrariada. Por eso tienen ojeras, y ¡qué ojeras, Virgen Santa! empiezan en la pupila y cascayen en la barba. El que las ve, de seguro, que, en el acto, las compara con los recios del tranvía del barrio de Salamanca.

Algunas chicas, ¡qué amables! otras, en cambio, ¡qué horafas! las hermosas, ¡qué sencillas! las que son feas, ¡qué raras! ¡qué sombreritos de moda confeccionados en casa! ¡qué guantes y qué sombrillas, qué abrigos, qué sobrefaldas...! y qué pesado que estoy hablando de estas muchachas. Como se ven a diario, se conocen y aun se tratan, y se han puesto unas a otras moles muy en consonancia con sus ropas, sus costumbres y con sus extravagancias.



A una señora muy gorda, y además de gorda, baja, que de cadera a cadera mide lo menos seis varas, pecho abultado, saliente, a manera de una rampa.



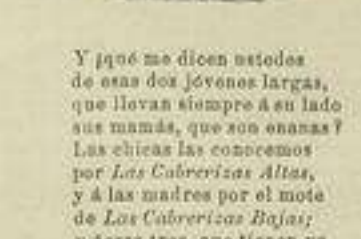
por la que puede trotar el escudrón de Numancia, y un abdomen abultado como la media naranja de San Francisco, a sus todos en cuanto la ven exclaman: ¡Ahí va el carro de la carne, señores, para, que marchal! A tres pollitas muy monas, muy listas y vivarochas, que en diez minutos recorren el Prado, la Castellana, el Retiro y Recoletos, volviendo a las Calatravas, para emprender nuevamente y a escape la caminata, delante siempre del padre, que va con los pies arrastra, que se aboga por seguir las, que lleva el pobre una vara de lengua fuera, porque si no se asfixia y estalla, a esas las llamamos todos las *Parvicidas*, y es clara la razón, porque parece que su intención endiablada es matar a su buen padre en fuerza de estas jornadas.



A aquel joven *lechuguino* (que decían en su infancia), que se acerca a todas ellas, que con todas ellas habla, y después las va dejando en sus respectivas casas, para regresar por otras a quienes luego acompaña también a su domicilio, y esta tarea tan ardua, la repite veinte veces, pues, por lo visto, le agrada, le llamamos *El Encuarter*, el lo sabe y lo hace gracia.



Y ¡qué me dicen ustedes de esas dos jóvenes largas, que llevan siempre a su lado sus mamás, que son onanas? Las chicas las conocemos por *Las Cuberzitas Altas*, y a las madres por el mote de *Las Cuberzitas Bajas*; y éstas tres que tienen ya



pata de gallo en la cara, de ojos pequeños y bizcos, de cejas exageradas, que más que de pelo son de pelote de butaca, por lo mullidas y espesas y, además, por lo ordinarias, y que al hablarles de novios dicen muy tiesas y vanas: «¡Casarros con un cualquiera! Antes morir *coibatas*! Ya lo hemos dicho mil veces: nosotras, ó conde ó nada.» A esas tres en el paseo las llaman las *Contentadas*. ¡Y a la de *Soplame aquí*, la conoces... Pues es guapa; pero abre tanto los ojos para mirar al que pasa, que parece que lo dice: *Soplame aquí*, no te vayas, que creo que en este ojo se me ha metido una pija.

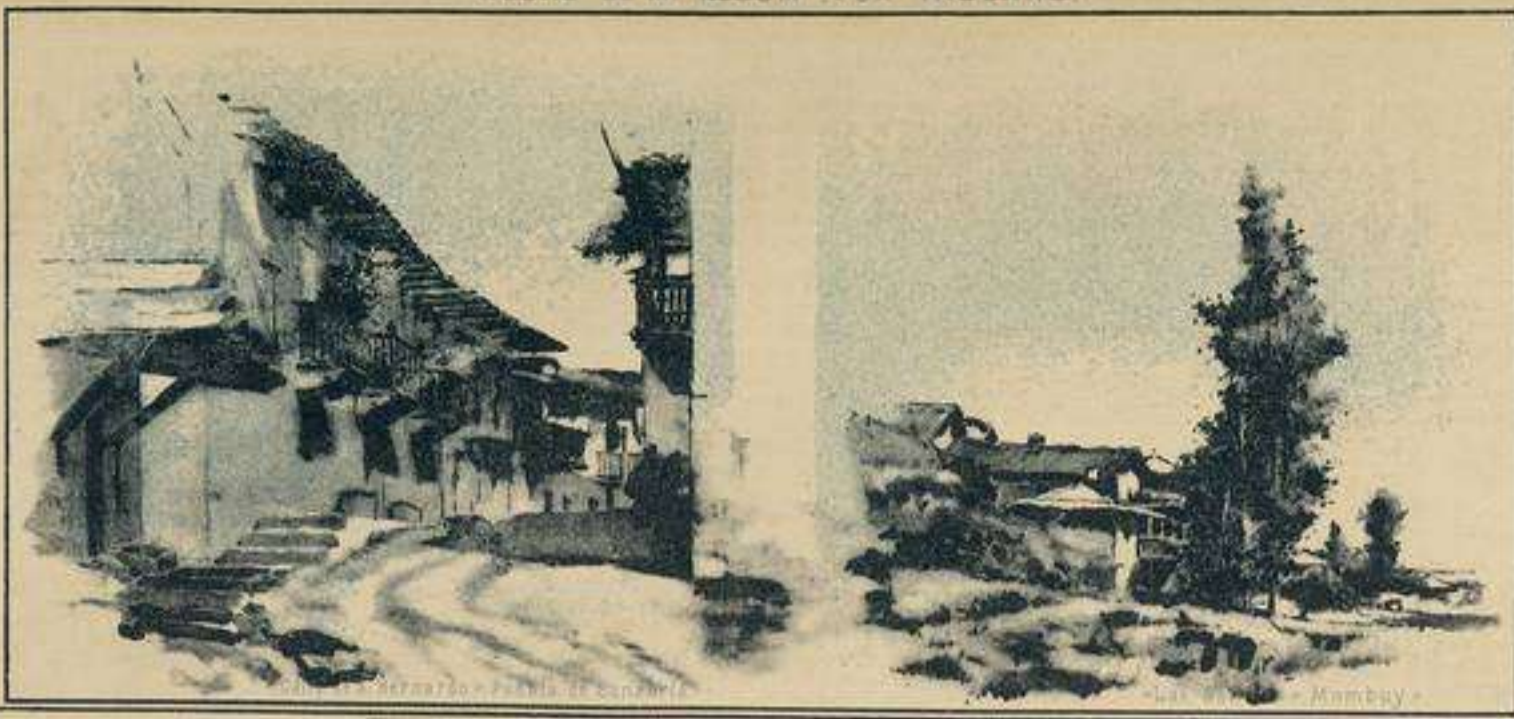


A un grupo de mozalbetes, que frente a Fornos se para y desde allí obstruye el paso y requiebra a las muchachas, yo no sé si con razón que está muy justificada, el *Puesto de los molinos*, entre las chicas le llaman. Y de otros moles podría darte cuenta detallada... pero no sea que alguno pida, airado, la palabra para alusiones, creyendo que mi intención no es muy sana, cuando ha sido mi propósito, lo juro en Dios y en mi alma, hablar de esta sociedad, alegre, culta, ilustrada, sin ánimo de ofenderla, aunque sí de retratarla. Y aquí da fin el romance, perdonen sus muchas faltas (1).



TOMÁS LUCEÑO.

Nota. ¡Arabo de saber, por referencias exactas, que a mí, entre tantas, me han puesto el mote de *Escritor-tal*!



**A. IZQUIERDO Y ESPIERA**  
**PROFESOR DENTISTA.**  
 Plaza de S<sup>to</sup> Domingo, 11. 2<sup>o</sup>  
 Especialista en la construcción de dentaduras y en el tratamiento de las enfermedades de la boca.  
**HORAS DE CONSULTA: DE 9 A 5.**

**EL MOLAR**  
 (A CUATRO HORAS DE MADRID)  
**FUENTE DEL TORO**  
 Propiedad de la Srta. D<sup>ña</sup> Mariana Goicoechea Vda. de Murga.  
**AGUAS SULFIDOHIDRICO-SALINO-SULFATADAS**  
 Premiado con medalla de plata en la Exposición de Madrid de 1903.  
 Las diferentes analíticas practicadas de estas aguas, han dado en su composición datos que las califican como sulfatadas hidro-clorato de sodio, de magnesia de cal y de sílice.  
 INDICACIONES: - Ciertas enfermedades reumáticas se curan por la acción radical de estas aguas sulfatadas, en su principal componente sulfatado. La ingestión de estas aguas calientes y azucaradas, durante el verano, por su poder nutritivo y refrescante, es muy eficaz en el tratamiento de las enfermedades reumáticas, catarrales bronquiales y pulmonares crónicas, de las afecciones gástricas y gastrointestinales crónicas, etc.  
 PRECIO: - Botellitas por 10 pesetas y 1/2 por 20 pesetas. Extranjeros por 20 pesetas para cada día de estancia. De la cual se descuentan los gastos de transporte.  
**PLAZA DONDE SE BEBEN LAS AGUAS:**  
 MADRID: - Calle de Mayor 21. - MADRID: - Avenida de San Carlos 1. - MADRID: - Calle de Toledo 13. - MADRID: - Calle de Toledo 13. - MADRID: - Calle de Toledo 13. - MADRID: - Calle de Toledo 13.  
 NOTA: - Para mayor información, todo detalle dirigirse a la oficina de este establecimiento de bebidas.

**PERLAS BALSAMICAS** **RUSSERPING**  
 Ciertas enfermedades que por su carácter especial merecen el nombre de secretas, se curan pronta y radicalmente sin molestias, por muy antiguas y rebeldes que sean, y sin necesidad de usar inyecciones.  
**LAS PERLAS BALSAMICAS Russerping se venden a 5 Ptas. en todas las farmacias.**  
 Depositario en España: **MELBOR GARCIA, CAPELLANES, 1, MADRID**

**CONSULTORIO MEDICO-QUIRURGICO INTERNACIONAL**  
 Avenida 1, Madrid 2  
 Avenida 2, Madrid 2  
 Tratamiento de todas las enfermedades de la mujer y de la infancia. Especialidad en las enfermedades ginecológicas y de la infancia.

**MODAS PARA SEÑORAS Y NIÑOS.**  
 Corte esmerado y especialidad en cuerpos refinados y composiciones de modas nuevas.  
 Se hacen vestidos de gran gusto y preciosos.  
 Dabanera, la Gran Vía, 127.

El papel de este periódico procede de  
**SOCIEDAD DOMICILIADA EN ZARAGOZA**  
 LA PAPELERA ARAGONESA

**PARA JUGUETES**  
**J. MEDEL**  
 PRIMERA CASA  
 6, ALCALÁ, 8 MADRID.

**A VESTIRSE BIEN Y BARATO**  
 VAYAN A LA GRAN SASTRERIA DE **PEDRO ESCUDERO**  
 15, Plaza del Angel, 16, Madrid.



**PILDORAS FERRUGINOSAS NONCHELL**  
 Compuestas de sedura de hierro, hemoglobina y manganeso.  
 Curan la Anemia, Clorosis y Cloroanemia.  
 El hierro de hierro excita la actividad de los órganos productores de los glóbulos rojos, y la manganeso, por la cantidad de oxígeno que contiene, enriquece la sangre, colocándola en condiciones de asimilarse los glóbulos rojos que en sí lleva la hemoglobina.  
 En pocos días desaparecen la dispepsia, dolores de cabeza, palpitaciones del corazón, cansancio, irregularidad de las reglas y la descoloración de la piel y de la orina, síntomas principales de la anemia, clorosis y cloroanemia.  
 Precio: 4 pesetas.

**CHOCOLATES**  
**MATIAS LOPEZ**  
 MADRID - ESCORIAL

**CURA KROMWER**  
 LA CURA KROMWER constituye la joya más preciosa de la terapéutica moderna.  
 Los catarras crónicos del pecho y de la laringe ceden fácilmente bajo la acción de este medicamento.  
 La tisis en su primer y segundo periodo se cura indudablemente con la Cura Kromwer, única fórmula racional y científica, cuyos resultados se han comprobado por las primeras autoridades del mundo a la cabecera del enfermo en las clínicas de los hospitales de Alemania, Inglaterra y Francia.  
 Sus efectos se notan a los pocos días de usar la medicina. Suaviza la garganta, haciendo más fácil la expectoración, desaparece el cansancio, disminuye la fiebre y progresivamente ceden los sudores que tanto debilitan al enfermo.  
 Se vende en las principales farmacias al precio de 20 pesetas. Depositario Melchor Garcia - Capellanes 1 - MADRID.

**MAURICIO BING.**  
 7 Preciosos 7 MADRID.  
 MÁQUINAS PARA COSER A PEDRO Y AL DOCTADO.  
 Grandes almacenes en la Plaza de Santa Ana nº 5.  
 CANTONERES DE LA GRAN VÍA.  
 SUGRIMSALES Fuencarral 102 - Atocha 127.

**M. VALLEJO**  
 MUEBLES Y TAPIGERIA  
 Alcalá 29, MADRID.

**FABRICA DE CERVEZAS Y BEBIDAS GASEOSAS DE LAVAPIES** Calle Valencia nº 1 MADRID.  
**CLEMENTE SANCHEZ**  
 CERVEZAS: Alemana, Baviera, Fuerte, Dobin.  
 GASEOSAS: Limón, Naranja, Zarzaparrilla, Agua de Seltz.  
 EXPORTACION A PROVINCIAS.

**A. I. SERRA**  
 Abierta para señoras y señoras de 20 años en adelante.  
 Calle de Toledo 127.

**SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA.**  
**LINEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ**  
 Con escala en Puerto-Rico y Progreso y con destino a Puerto-Rico y Veracruz y puertos N. y S. del Puerto Rico.  
**Linea de Filipinas**  
 Con escala en Manila, Cebu, Zamboanga y Singapore, servicios a Cebu, Manila y Zamboanga y Zamboanga y Manila.  
**Linea de Buenos Aires**  
 Con escala en Santa Cruz de Tenerife y Montevideo - Ruta vapor auxiliar, partiendo de Barcelona, con escala en Barcelona, Málaga y Cádiz.  
**Linea de Fernando Poo**  
 Con escala en San Pedro de Macoris, puertos de la costa occidental de Africa y golfo de Guinea. - Coaster vapor a las costas de Guinea y sus puertos en Guinea y Sierra Leona.  
**Servicios de Africa**  
 Linea de Marruecos - Un vapor mensual de Barcelona a Argel, con escala en Málaga, Málaga, Ceuta, Tanger, Larache, Rabat, Casablanca y Marrakech - Servicio de Tánger - El vapor Joaquín del Real sale de Cádiz para Tánger, Argel y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando a Cádiz los martes, jueves y sábados.

**OLD BRANDY**  
 COGNAC  
**JIMENEZ & RAMOTHE**  
 MÁLAGA